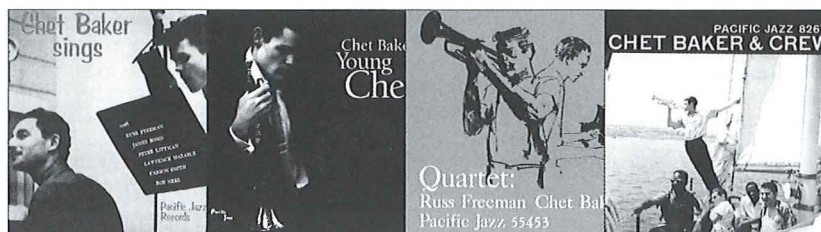


■ CHET BAKER
Un brillo entre las sombras
■ Por Eduardo Hojman

C UANDO SE HABLA DE CHET BAKER (1929-1988), DE INMEDIATO VIENEN A LA MENTE TODOS LOS COMPONENTES LEGENDARIOS DE UNA VIDA DIFÍCIL Y ROMÁNTICA, LOS ELEMENTOS TÍPICOS DE UN HÉROE TRÁGICO, UN JOVEN ETERNO DE CORAZÓN ROTO, UN PETER PAN MALOGRADO QUE NO SUPO ENVEJECER.

CHET BAKER

Un brillo entre las sombras



Como un fantasma de Dorian Gray, Baker representa un instante congelado en el tiempo, colgado en el aire como esas notas mágicas de su trompeta, para luego, quebrarse en la máscara terrible de su cara deshecha, en los sórdidos detalles de una historia de desenfreno, alcohol, drogas y todas esas cosas de la época moderna. Entonces tenemos a un James Dean del jazz, consumido por su propio fuego, víctima de una muerte misteriosa (cayó de la ventana de un sórdido hotel de Amsterdam, no su hotel, otro hotel, donde se comerciaban sustancias ilegales. ¿Qué hacía allí? ¿Se tiró o lo empujaron?). Esa historia, esa leyenda urbana de la modernidad, fue objeto de una especie de docudrama, *Let's Get Lost* y su autobiografía, en realidad un libro de apuntes tersos como sus solos de trompeta pero sin la misma sustancia, Como si tuviera alas, ya tiene vendidos los derechos cinematográficos. Y ya en 1960, cuando todavía era el hombre de la voz suave y la trompeta serenamente dulce, su vida fue objeto de una cuestionable película, *All the Fine Young Cannibals*, con Robert Wagner como un tal Chad Bixby. Y Chet mismo también fue actor de cine, tanto en Hollywood como en Italia.

De Chet Baker, la leyenda, se ha escrito mucho. De Chet Baker el hombre, probablemente nunca se sepa gran cosa. De Chet Baker como músico, el estallido parece que se produjo en 1952 cuando Charlie Parker lo eligió de entre todos los trompetistas que había en California para acompañarlo en su gira por la Costa Oeste norteamericana. Más tarde llegó el famoso *pianolless quartet* de Gerry Mulligan y de la conjunción de un trompetista al que no le interesaban las estridencias y la fuerza contenida del saxo barítono de Mulligan terminó de cuajar aquello que había nacido en el sótano neoyorquino de Gil Evans, parido por Miles Davis y también Mulligan, y unos cuantos más. El cool. Y cuando Baker se puso a cantar pasó a ser el cool personificado, con su voz como un susurro quebradizo y displaciente, la definición justa del crooner, ese cantante imperfecto que todos querían imitar a la perfección. De inmediato llegó la gira por Europa y los subsecuentes arrestos en distintos países por consumo de drogas. Vivió en Italia, Francia, Alemania Occidental y España. En todos lados tuvo problemas. A su regreso a los Estados Unidos siguió grabando, intercalando conceptos de hard bop en su sonido siempre cool (pero muchas veces enérgico) y se produjo otro de esos episodios legendarios: sufrió una brutal paliza en San Francisco en la que, según algunas versiones, perdió los dientes. Otros dicen que no es cierto, pero en cualquier caso su presencia en un entorno jazzístico revolucionado por la llegada del rock exigía un afán que él no parecía apto para dar. Hubo regresos musicalmente brillantes de un Chet Baker consumido y derrotado. Y muchos, pero muchos discos.

Los Discos

Quedan como testimonio de sesiones de grabación caóticas y de derechos desperdigados, cientos de ellos, recopilaciones que se recopilan a sí mismas, recopilaciones de recopilaciones, discos armados con la mitad de una grabación y con algunos temas en directo que quedaron sueltos en algún lado. Emi Music acaba de relanzar alrededor de 25 de esos títulos. La gran mayoría de ellos son, por supuesto, recopilaciones. La única no-

vedad es una recopilación, titulada *El Poeta del Jazz* que es más de lo mismo. También se incluyen en este lanzamiento *Deep in a Dream*, ya comentado en *Cuadernos de Jazz*, que es una de las compilaciones más amplias e interesantes, a cargo de su biógrafo James Gavin, y otras clásicas, como *Songs for Lovers*, *The Best of Chet Baker Plays*, *The Best of the Gerry Mulligan Quartet*, *The Best of Chet Baker Sings* y *The Definitive Chet Baker*. Todos estos discos son de muy alta calidad y todos adolecen de los problemas de esta clase de rejuntes; falta de criterio, material de relleno, etcétera.

Entre los discos más antiguos de los rescatados, el doble *West Coast Live* presenta uno de los pocos documentos de lo mal que se llevaban Stan Getz y Chet Baker en escena. Es, en cualquier caso, un muy buen disco, carente, eso sí, de cualquier intento de establecer alguna armonía entre los solistas. *Grey December*, *Chet Baker & Crew*, *Quartet: Russ Freeman Chet Baker* y *Chet Baker Sings* también son discos que se armaron con sesiones de diferentes años y hasta formaciones. Sin embargo, el sonido de Baker funciona como un eficaz hilo conductor de todas esas grabaciones y son, todos y cada uno de ellos, ejemplos de que no sólo se trataba de un cantante y trompetista romántico amante de los tiempos lentos y relajados. El Chet Baker cantante (sin caer en la bizantina discusión sobre cuál de sus dos instrumentos manejaba mejor) aparece en todos esos discos y especialmente en *My Funny Valentine* y *Embraceable You*, este último con un acompañamiento muy austero, una guitarra y un contrabajo. Hay una rareza, *The James Dean Story*, en la que la trompeta de Baker es, más que cualquier otra cosa, un emblema de un estado de ánimo adocenado e impuesto por una banda sonora poco atractiva. Tres discos en directo (en realidad, varios son en directo, pero estos se llaman *Quartet Live*) con música de altísimo nivel pero con algunos problemas de transcripción sonora: *This Time the Dream's on Me* (Qué buen título: "Esta vez el sueño lo invito yo"), *Out of nowhere* y *My Old Flame*, y una caja para románticos empedernidos, *Romance*, con tres de los títulos ya mencionados. Como otra rareza, *The most Important Jazz Album 1964-65* ofrece a Chet Baker intentando, con resultados bastante buenos, dos nuevos caminos: el marco más amplio y potente del hard bop y el vocalese. Le pone letras a un instrumental, *Walking* y muchos de los temas escogidos son de Tadd Dameron.

Esta inundación de títulos de Chet Baker ofrece un panorama tan disperso y caótico como fue toda su obra y, más allá de la indudable importancia de estos discos para comprender algunos conceptos sonoros del cool jazz y sus derivaciones, suenan increíblemente actuales. Quizás es producto de la era en que vivimos, un tiempo en el que todo es reciclaje, todo es búsqueda en el pasado y todo es, finalmente, una recopilación más o menos afortunada. Pero estos discos también parecen reflexionar sobre la modernidad como un eterno despojamiento, como un sonido discreto, sutil, casi autoexcluyente, el vislumbre fugaz de un brillo entre las sombras, el silencio como instrumento poderoso y el intento enternecedor de algunos hombres por dominarlo.

(Sobre Chet Baker ver *Retrato de un trompetista pudoroso* de Sergio A. Pujol, *Cuadernos de Jazz* nº 56 enero-febrero 2000).